des que se dilatan sobre el haz de toda la tierra.

Esta mansión, que ya era noble con la nobleza auténtica de su dueño peninsular, perpetuamente ligado a estos recuerdos, fue ennoblecida aún más por el dolor incomparable del proscrito. El celo republicano, la lógica política, la estrictez de concepto para juzgar al Padre, los errores de éste, la rectitud de unos, la ambición, la envidia, la flaqueza, la ingratitud característica del animal humano, acertaron con el sitio vulnerable del nuevo Aquiles: *su reputación y su amor a la libertad.*

Qué fue del mancebo galante de las veladas parisienses, visitador de Cortes y concurrente asiduo al coloquio de la sabiduría? Qué del afortunado segador de los mirtos bermejos? Qué del centauro enloquecido en su furiosa carrera de mar a mar, a lo largo de las pampas encendidas o por sobre los nudos ciclópeos del Ande atormentado? Qué fue del héroe mozo, inquieto y ágil como un jaguar, rápido en la acometida, certero en el zarpazo, acosador y valiente, porfiado e incansable? Qué se hizo el *Imperator* de los desfiles victoriosos, circuido de ninfas, abrumado de laureles, visto entre luz de iris a través de las lágrimas, encadenado por los brazos sangrientos de los esclavos redimidos, o paseándose delirante a lo largo de la mesa que congregó a los paladines? Dónde el magistrado severo que leía mensajes da profundo saber ante la altivez subyugada de los fieros eupátridas? Dónde el orador soberbio en el corcel de guerra, como Astolfo en su hipogrifo, galopando ante el ejército que camina a la lid bajo el ensalmo del verbo centelleante que reanima, incita y arrebata? Qué fue de nuestro sublime manchego, el del galgo corredor que le abandonó un día; del viajero hacia la luna en su Clavileño de Casacoima; del que rindió gigantes, rescató princesas, libertó galeotes, sacudió al león asiéndole por las melenas, y se reconcilió para morir con el Divino Señor de los cristianos viejos?

Miradlo al pie de aquel tamarindo sereno, donde gustaba de sentarse: inmóvil, meditabundo, demacrado, terroso. La ancha frente, calcinada y comba, se vela de unos grisáceos mechones que sombrean hondos surcos que cavó el pensar para la siembra de la gloria y que hoy viste el desencanto, de pérfidas espinas. Los ojos, con la mirada vuelta hacia el interior, semejan cráteres extinguidos; muda y árida la boca cual una cisterna disipada. Las manos creadoras que modelaron gigantes con la arcilla de los aluviones y plasmaron esferas de luz regidas por un ritmo feliz, penden cansadas en su lividez huesosa, y las plantas que hollaron la diadema del Chimborazo, inertes, enflaquecidas, fuseladas, se ocultan flojamente entre las botas militares; el uniforme, plegado en mil arrugas, delata la extinción muscular. Solamente las cigarras, símbolo de la Grecia esquilina, turban su soledad y su silencio. Un lagarto se detiene a mirarlo, en actitud hipnotizada. Dijérase la estatua mútila de un dios, o un Partenón que sobrevive a la tragedia de la barbarie humana...

Vedlo cómo se aleja de aquel tamarindo sereno a cuya sombra gustaba de sentarse. Camina penosamente a su retiro, donde comienza a leer:

Colombianos:

«Habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aún mi tranquilidad. Me separé del mando, cuando me persuadí que desconfiábais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad, y hollaron lo que me es más sagrado: mi reputación, y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis persiguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo les perdono...»

Aquí flaqueó su voz, se nublaron sus ojos y una profunda emoción le impidió seguir. Uno de sus oyentes continuó leyendo:

«Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del Santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo, y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

«Colombianos: Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria: si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro!»

Al llegar a este punto, el mártir dijo con voz sorda: «Sí, al sepulcro... Así lo han querido mis conciudadanos. Pero los perdono. Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos.»

Sí, Padre inmortal! Aquí estamos los hijos de las naciones a que diste la vida, a renovar el voto de fraternidad que imploraste aquel infausto día en solicitud angustiosa. Si hemos venido a llorar nuestros pasados extravíos, nuestras luchas de hermanos, la sangre del justo Abel vertidas tántas veces, los años consumidos en el odio y la esterilidad, en la intolerancia agresiva, el sórdido interés, la tenaz rebeldía, la rabia iconoclasta, la persecución a los buenos, el desdén a los humildes, la flojedad para educar, la indiferencia ante el mal, la laxitud en servir a la Patria; te traemos también en desagravio la cosecha de nuestros pensadores, la obra de nuestros estadistas, el sacrificio de nuestros guerreros, el dolor de nuestros hombres públicos; sus persecuciones y destierros, la ruina de nuestros hogares, la zozobra de nuestras familias, el llanto de nuestras madres, el martirio sin fin de los conductores; todo, todo, como rescate de las ingratitudes que aceleraron tu fin: inmenso río de dolor con qué refrescar las raíces del gigantesco árbol de vida que plantaste para nosotros!

Este sagrado lugar, que con el campo de Boyacá es el más ilustre de la Patria, recibió amorosamente los despojos del Padre. ¿Qué hemos traído nosotros colombianos a este altar en ofrenda y desagravio? El sincero tributo del pueblo, presentado por labios del ilustre Jefe del Estado, y el mensaje reverencial de un humilde vocero del cuerpo soberano de la Nación. ¿Y nada más? Sí: la victoria del orden civil, la palpable realidad respeto a la ley, la aceptación cordial de la voluntad popular en la decorosa trasmisión del poder público.

No ha concluído el siglo sin que hayamos gustado varias veces el fruto de la conciliación patriótica, única formula posible de progresar en paz. Creemos estar cumpliendo tu postrera súplica, oh Libertador! Y frente a este asilo augusto queremos renovar el voto solemne de rendirnos siempre ante la ley. «Sin moral republicana—nos dijiste—no puede haber gobierno libre». Esto no amengua el fervor de las ideas ni la energía con que luchen los bandos para hacerlas prosperar y aplicarlas en la vida civil, porque en la República, como tú lo afirmaste, «caben los dos términos definitivos de las sociedades humanas: la libertad y la autoridad, el derecho individual y los poderes sociales, el movimiento y la estabilidad».

La generosa y fiel interpretación de tus ideales; su aplicación constante a nuestra vida cívica e internacional en forma que transporte a nuestras costumbres públicas y a nuestras relaciones entre pueblos, es el don más preciado que podamos dejar conmemorando secularmente el aflictivo trance, sobre estas aras votivas. De otra manera, éste y los venideros, serían sólo *el centenario de la ingratitud!*

Al recordar tu existencia inimitable, goza un dulce alivio mi ser que te ama y admira con una intensidad que en él no suscitan ni otros héroes ni otras glorias; siente una gratitud que arde perennemente confundida con la llama que alimenta mi apartado vivir. A los cuarteles de tu escudo agregaste blasones que opacaron los antiguos, y a los que tú pusiste, dejaste por empresa tu féliz palabra: «*La gloria está en ser grande y en ser útil.*»

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH Socio Gerente — **RAMÓN RAMÍREZ A.** Socio Gerente

Imp. Alsina (Sauter [illegible] San José, Costa Rica

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "